

DEL AMOR A LOS AMADOS

PARTE II

NZIGIYIMANA Sylvestre.
Casa de Formación Joaquim Rosselló - Santo Domingo R.D.

DEL AMOR A LOS AMADOS

Parte II

Para continuar, recordamos que el hilo de nuestra reflexión es la afirmación que hace el apóstol san Juan diciendo que Dios es amor. En el artículo “Del Amor a los amados” queremos hablar de Dios como Amor que no se cierra en sí, sino el Amor creador del hombre a su imagen y semejanza. Con la primera parte, partiendo del término “amor”, su significación y su uso en las Sagradas Escrituras, hemos visto que no solamente Dios es amor porque nos ama, sino que ese amor es su ser que está en nosotros. Pues, si los creyentes confesamos que “Dios es amor”, confesamos al mismo tiempo que el amor es su naturaleza y el rostro amoroso del Padre derrama su ser mismo hacia nosotros por Jesucristo. Ahora bien, otra pregunta que queda es ¿cómo decirlo con certeza? La respuesta a esta pregunta la desarrollamos en esta segunda parte, ofreciendo dos visiones: la visión de la Santísima Trinidad y la de los modelos del amor divino.

Dios es Amor Trinitario

La visión del amor trinitaria parte de las Sagradas Escrituras, desde el libro de Génesis hasta al libro de Apocalipsis. A su comienzo, el relato de la creación nos enseña que Dios actúa por medio de la Palabra y su Aliento (Gn.1, 1-2). De manera explícita evangelista, Lucas nos presenta la unidad inseparable de tres personas de la Trinidad como manifestación de Uno y único Dios (Teofanía) que da testimonio de paternidad y filiación entre el Padre y el Hijo y el Espíritu Santo como amor del Padre y del Hijo (Lc 3,22). Sin embargo, la interpretación de la afirmación “Dios es amor” como lo presenta el apóstol san Juan surge en la teología escolástica con la visión trinitaria de Ricardo de san Víctor¹. Aunque, san Agustín había mostrado la generación como relación entre la Santísima Trinidad, Ricardo llegó a desplegar la unidad trinitaria como ontología fundante del amor divino. Pues por él, en la relación amorosa, las tres personas de la Trinidad son las formas primigenias del amor divino. Así, con esta imagen del amor entre tres personas de la trinidad, podemos entender lo que una de las tres siendo amor es por otra sin distinción.

En esta analogía Dios es amor engendrador. Partiendo de las Sagradas Escrituras, aprendimos que Dios Padre siendo Amor es dueño de sí mismo en perfección originaria, dándose sin cesar y entregando en gratuidad todo lo que tiene. De esa forma

¹Ricardo de San Víctor (1110-1173) era filósofo, teólogo y Abadía místico de san Víctor Paris, discípulo de Hugo de San Víctor.

el Padre existe eternamente como Amor *Fontal* que sale de sí mismo y da (regala) toda su naturaleza al Hijo. Así, en gesto de generación, del Amor (Padre) nace el Amor (Hijo) sin principio, igual que el Padre, compartiendo la misma naturaleza que Él (Jn 1,1-5). En esta relación entre el Padre y el Hijo, sólo es eterno el amor donde resultan de manera infinita el dar y el recibir. Por eso, siendo amor la naturaleza del Padre, es donación total, ilimitada y eterna, igualmente que la acogida del Hijo que recibe su ser y lo comparte eternamente con el Padre. Pero el vínculo de amor, en su relación generadora entre Padre y el Hijo, no puede encerrarse en sí mismo, sino que en esta relación brota la tercera persona (Espíritu Santo) como fruto de amor perfecto entre dos amantes. Es decir que sólo es perfecto allí donde mirándose uno al otro, ambos se juntan y miran infinitamente a la vez hacia un tercero. Así, en el Amor originario que es el Padre está la fuente del amor compartido, que forman el Hijo y el Padre, amándose en comunión y suscitan en fin al Espíritu divino como Amor ya perfecto y eterno (Cf. Maximino Arias Reyro, *El Dios de nuestra fe. Dios uno y Trino*, pp.341-342).

Pues, ‘Dios es amor’ significa donación en generosidad engendradora del Padre. Es decir la comunión eterna entre el Hijo y el Padre que se encuentran y dialogan, en comunicación directa, en transparencia plena y perfecta. Dios es amor siempre perfecto e infinito entre tres personas de la trinidad (Padre, Hijo y Espíritu Santo) que comparten y gozan en una unión sin principio y sin fin. Jürgen Moltmann sigue esta afirmación diciendo: “Si Dios es amor, es a la vez el amante, el amado y el mismo amor... Dios es amor, lo cual significa, en sentido trinitario, que desde la eternidad y por esencia el Padre ama al Hijo unigénito. Lo ama con un amor que a la vez engendra y pare. El Hijo responde al amor del Padre desde la eternidad con su obediencia y su entrega a él” [La nota 30 en Sallie McFague, *Modelos de Dios. Teología para una era ecológica y nuclear*, Sal Terrae, p 190-191].

Sin embargo, este Amor Trino, cuando domina nuestra vida, es la fuerza más creativa y transformadora del mundo de los seres. Este amor supone todo el ser y no tiene centro específico, no calcula, al contrario entrega lo suyo como si el sujeto es al mismo tiempo el objeto (receptor). Esa visión de amor es siempre abierta y expresiva para los demás y nunca cierra la puerta al tercer individuo. Sino que trascienda la autoridad y el poder hasta que se conformen y se enraícen en el amor y se conviertan en la fuente creativa y vivificadora de comunión. El amor es relación con otro; donde no hay relación de entrega y de recibir tampoco hay amor. El Papa Benedicto XVI afirma con claridad que ese amor Trino es el mismo amor recibido y ofrecido. Ese amor “es *gracia* (cháris). Su origen es el amor que brota del Padre por el Hijo, en el Espíritu Santo. Es amor que desde el Hijo desciende sobre nosotros. Es amor creador, por el que nosotros somos; es amor redentor, por el cual somos recreados. Es el Amor

revelado, puesto en práctica por Cristo (cf. Jn 13,1) y derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo (Rm 5,5)” [Benedicto XVI, Carta encíclica *Caritas in Veritate*, n° 5.]. Dios Uno y Trino es el Amor entre tres personas divinas que comparten la misma naturaleza y que reciben la misma gloria. Ese amor, pues, lo conocemos en el Hijo encarnado en quien se cumple la paternidad del ser humano en “*Abba*” Dios Padre.

Leo F. Buscaglia dice que “El amor perfecto es aquel que lo da todo y no espera nada” [*Amor. Ser persona*, Plaza & Janes, S.A., p 68.]. Es decir que el amor de Dios, uno en tres personas, significa brazos siempre abiertos para regalarse sin medida, primero entre sí, y luego a cada uno de nosotros. Este Amor mismo es la vida que se ofrece en abundancia a la humanidad por Jesucristo Hijo de Dios. Decir que Dios es Amor en la Trinidad, significa que otra persona está también en primera persona. Pues no es lo que dice Nedoncele cuando afirma que “el yo que ama desea ante todo la existencia del tú” sino que el sujeto encuentra otro sujeto en tú. El amor verdadero es amar otro como sujeto (otro yo). Este Amor Trino, es lo que expresa el Papa Francisco, en su Exhortación *Amoris Laetitia*, como imagen para descubrir y describir el misterio de la Trinidad que contemplamos en Dios al Padre, al Hijo y al Espíritu de amor. “El Dios Trinidad es comunión de amor, y la familia es su reflejo viviente”. Citando a san Juan Pablo II sigue diciendo que “nuestro Dios, en su misterio más íntimo, no es una soledad, sino una familia, puesto que lleva en sí mismo paternidad, filiación y la esencia de la familia que es el amor. Este amor, en la familia divina, es el Espíritu Santo” [Exhortación Apostólica. *Amoris Laetitia*, n° 11].

Así ahora, podemos preguntarnos cómo ese amor originario y eterno lo viven los seres humanos. ¿Cómo el ser humano en su finitud encuentra y disfruta el amor perfecto? Estas preguntas y las otras sobre el amor del ser humano como respuesta a esta llamada del amor divino, las trataremos en otra parte, pero primero vamos a ver los diferentes modelos con los cuales Dios se manifiesta como amor.

Modelos de Amor divino

Cuando el pueblo de Israel gemía bajo de la opresión, la injusticia... Dios le mandó al profeta Isaías que le anunció un mensaje de esperanza (Is 62,1-9). El profeta anuncia al pueblo que no está destinado a la ruina y al exterminio, sino a la vida, a la prosperidad y a la libertad digna de los hijos e hijas creados a la imagen y semejanza de Dios, y capaz de conocer y amar a su Creador (Cf. *Gaudium et Spes* N° 12). En el fondo, la buena noticia de la esperanza y la libertad al pueblo de Israel define el amor que Dios tiene por los seres humanos: él que se da a los hombres y mujeres a través del Amor encarnado y en el Amor derramado hacia a todos. Es decir que, por la

encarnación, Dios entra en la comunión con el hombre por el amor que renueva y ordena la vida hacia su realización plena.

Del modo que Dios se acercó al pueblo Israel y habitó en el Santuario en medio del pueblo (Ex 25,8ss), de la misma manera aceptó mudarse con el ejército de Israel en el Arca como signo de su presencia (Sam4,3ss). Cuando se cumplió el tiempo de la profecía el mismo Dios mandó su Único Hijo que nació, no de la sangre o de deseo humano, por obra y gracia del Espíritu Santo, por Dios mismo. El Amor se hizo hombre y tomó carne humana, poniendo su morada entre nosotros, para que todos seamos hijos de Dios (Jn 1, 1-18) y que en Él contemplemos el verdadero modelo de amar. La encarnación de Dios en Jesucristo es una cercanía total de Dios al ser humano. En el bautismo somos hijos e hijas de Dios y en el Hijo encarnado tenemos “acceso al Padre en el Espíritu Santo y se hacen consortes de la naturaleza divina” (*Dei Verbum*. N°2).

La vida del hombre para reflejar la imagen de Dios en el mundo, debe completamente amar no solamente como Dios, sino también con Él. Por tanto, esto es posible cuando la vida del ser humano expresa en el mundo la actividad creadora, salvadora y sustentadora. Es decir en tres modelos como los presenta Sallie McFague: *modelo creador, modelo salvador y modelo sustentador* [Cf. *Modelos de Dios. Teología para una era ecológica y nuclear*. Sal Terrae, pp.157-158.]. Dios como progenitor de la Vida está siempre preocupado por la vida de los suyos. El enviado del Padre, en quién nosotros contemplamos el verdadero rostro de Dios y al mismo tiempo el perfecto humano, nos mostró que la vida no es algo extraño de Dios, sino que es su propia naturaleza. Estos tres modelos de amor, revelan cada uno el deseo de Dios al ser humano, quién (este último) también debe ejercerlos en el mundo con su semejantes. Estas formas de amar en sus diferencias, tienen una relación interdependiente en toda la vida humana y en su relación con Dios, respondiendo a la llamada universal del amor.

“El amor creador (ágape) es el amor de Dios por el ser como tal; es la afirmación de todas las criaturas por el progenitor que da cuerpo a todo lo que es. El amor salvífico (o eros) es la manifestación apasionada -la ‘encarnación’- del amor divino por nosotros, los amados; y llega hasta los confines del mundo, para que no pueda haber ninguna duda de que lo último y lo más pequeño es aceptado y acogido. El amor sustentador (o filia) es el amor inmanente, sociable, de Dios que está siempre con nosotros cuando trabajamos juntos por la plena realización de todos los seres” (*Ibidem*. p. 158).

Hasta aquí, se encuentra el sentido profundo del amor de Dios. El amor tomado en todas sus dimensiones, no excluye ningún modo de amar. Por lo tanto, cada expresión de amor verdadero manifiesta el acto de Dios en medio de sus criaturas; porque en este gesto amoroso de Dios Padre se manifestó el amor de Dios (cf. Jn 4,9). Sin embargo, aunque san Agustín hace una distinción entre el amor *ágape* y el amor *eros*, en el modelo de Dios aprendemos a dar lo mejor de nosotros como un regalo generoso. Cuando descubrimos este amor creador en el interior de nosotros, desde entonces somos apasionados de la lucha por el amado, usando todos los medios para agradar al amado hasta que declaremos que “es bueno que exista”. Sin embargo para que sea posible debemos salir de nosotros, dejando todo egoísmo y facilitar el encuentro creativo. Y para sostener esta amistad debemos luchar para crear un universo de paz para todos y con todos, no con las armas de violencia, sino con un deseo sano y salvífico. Pues es difícil, aun imposible, separar tres dimensiones de amor, sin embargo se confunde y se interpreta mal según las experiencias encontradas.

El amor es único y uno solo que se expresa de manera diferente. Como lo hemos visto, uno solo no ama, sino que necesita otro para amarlo y expresar este sentimiento natural inseparable de su ser. Como una semilla necesita la tierra para formarse hasta a dar fruto, también el ser humano encuentra la necesidad de salir de sí mismo hacia al otro para ser el verdadero humano. Pues, el amor nos hace hijos e hijas de Dios, no para cruzar los brazos mirando el cielo, sino mirándose unos a otros como hermanos (1Jn 4,7-12).

Amar a Dios significa tener los brazos siempre abiertos, sin cerrarlos en ningún momento. Significa estar siempre en el camino buscando y creando los espacios de amar. El “amor-dice Eric Fromm- significa comprometerse sin garantías, entregarse completamente con la esperanza de que amor produzca amor en la persona amada. El amor es un acto de fe, y aquél que tenga poca fe, también tiene poco amor” [Leo F. BUSCAGLIA, *Amor. Ser persona*, Plaza y Janes, 1984, pp 67-68.]. Es decir, de manera analógica, el ser humano desde el principio está en el gran océano, donde tiene que nadar ofreciéndose a sí mismo sin esperar llegar a otra orilla, sino realizarse en el momento mismo como si estuviera en otro borde. Es decir, vivir en el presente la plenitud del amor.

San Francisco de Sales afirma que la voluntad gobierna todas las facultades del espíritu humano y añade que todos son sometidos bajo la supremacía del amor, quien los gobierna como dueño de todos. El amor siendo creador, salvador y sostenedor, establece su mirada en lo más alto de cada uno de nosotros, en la encumbrada región del espíritu donde se ofrece siempre como respuesta agradable. Pues, “habiendo Dios creado el hombre a su imagen y semejanza, quiere que, como en él, todo esté ordenado por el

amor y para el amor” [Francisco de Sales, *Tratado del amor a Dios*, Balmes, Barcelona, pp 16-17.]. Según Francisco de Sales, en nosotros hay tres clases de relaciones amorosas: *espirituales, racionales y sensuales*, por tanto afirma que el ser humano no está en equilibrio y aun no lo puede vivir, ni tampoco puede desarrollar una clase y dejar la otra, sino sería un desarrollo de su debilidad. Amar significa trascender su ser enamorado hasta a Dios. Por eso no solamente que el amar es una vocación universal, sino también una invitación a la imitación del encarnado [Cf. *Ibidem* p. 24-25].

Nosotros, Misioneros de los Sagrados Corazones de Jesús y María, en la mirada de este amor de Dios, hacemos en él nuestro acto de fe hasta tomarlo como principio dinámico que orienta nuestra vida. Así decimos: “Creemos en el poder del amor que sirve hasta la muerte” [Reglas MSSCC. Art,15]. Como lo hemos dicho arriba, creer en el amor es comprometerse a vivir como Dios en los diferentes modelos, en el seguimiento al encarnado. Es decir hacer presente Dios en el mundo a pesar de las dificultades. Como lo decía Benedicto XVI, cuando afirma que la fe, esperanza y amor como tres virtudes teologales, están unidas y nunca se separan. “La esperanza se relaciona prácticamente con la virtud de la paciencia, que no desfallece ni siquiera ante el fracaso aparente (...) La fe nos muestra a Dios que nos ha dado a su Hijo y así suscita en nosotros la firme certeza de que realmente es verdad que *Dios es amor*” [*Deus Caritas Est* n° 39]. Si esto es verdad, podemos declarar en efecto que el amor es una solemne estupidez, ya que si no está fundado en la confianza, la fe y aceptación, no es amor y no es de Dios.

Terminando esta segunda parte, afirmamos que profesar que *Dios es amor*, no tiene otro remedio, sino creer y confiar en él como creador, salvador y sostenedor. Decimos esto, porque como dice Benedicto XVI, “la fe, que hace tomar conciencia del amor de Dios revelado en el corazón traspasado de Jesús en la cruz, suscita a su vez el amor.” Y este amor es una luz que ilumina constantemente a un mundo oscuro y nos da la fuerza para vivir y actuar. Ese amor es posible, y nosotros podemos ponerlo en práctica porque hemos sido creados a imagen de Dios. Pues vivir el amor es llevar la luz de Dios al mundo entero [Cf. *Ibidem*]. En efecto podemos decir que hemos conocido el amor, y que hemos puesto en él nuestro ideal, si ese amor nos mueve hasta a querer ser competente socorro donde la vida hace su clamor, llevando el evangelio de amor, “porque es bueno, porque es eterno su amor” (2 Cr 5,13).

Canto: Amar es entregarse

1. Amar es entregarse, olvidándose de sí, /buscando lo que al otro pueda hacer feliz (bis).

R/ ¡Qué lindo es vivir, para amar! ¡Qué grande es tener para dar! /Dar alegría y felicidad, darse uno mismo: eso es amar (bis).

2. Si amas como a ti mismo, si te entregas a los demás. /Verás que no hay egoísmo que no puedas superar (bis).

Autor: Juan Antonio Espinosa

NZIGIYIMANA Sylvestre
Casa de Formación Joaquim Rosselló Santo Domingo R.D.